

ERA DE IDIOTAS

DAVID PASTOR VICO

 Planeta

© 2024, David Pastor Vico

Formación: Alejandra Ruiz Esparza
Diseño de portada: Eduardo Ramón Trejo
Fotografía del autor: © Vivi Rodríguez

Derechos reservados

© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: febrero de 2024
ISBN: 978-607-39-0728-6

Primera edición impresa en México: febrero de 2024
ISBN: 978-607-39-0668-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Índice

<i>Antes de empezar</i>	13
-------------------------------	----

LOS NIÑOS YA NO JUEGAN

El perrete	23
«Tengo un vecino tonto».....	26
Confiar es dar carta de igualdad	30
El otro y la otredad	35
La falta de confianza interpersonal	41
Si no juega con otros no se mueve	46
Si no se mueve no actualiza sus capacidades.....	52
Si no se relaciona no aprende	60
Si no se relaciona tampoco descubre	68
Si no descubre no piensa, o piensa poco y mal	73
Si no aprende a pensar bien, no esperes que sea feliz	83
«Hijos del agobio».....	91

LA ERA DE LOS IDIOTAS

¿Desde dónde estás viviendo la historia?	99
Ahora abre un poco más los ojos.....	101
¿Y desde 1789 a hoy?.....	105
¿Estamos buscando bien?.....	110
«Estamos hundiéndonos en una edad de hierro planetaria».....	113
Respiremos un poco juntos.....	116
Sobre los optimistas	120
Un mundo, sí, pero a varias velocidades	124
Lo prometido es deuda	126
Las deudas siempre se pagan.....	132
E se os brasileiros quiserem ser como os noruegueses?	141
Disfrutamos a costa de quien no sabe cómo pasar de mañana ...	146
¡Champán para todos!.....	150
El futuro, de existir, solo será bueno para unos pocos.....	154

«NO TENEMOS FUTURO SI NO COLONIZAMOS LAS ESTRELLAS»

Mira hacia arriba.....	163
«Espero lo mejor. No tenemos otra opción».....	166
Tú no, tú no, tú no y tú tampoco.....	169
¿Y si nosotros también somos un recurso por explotar?	175
El todo es más que la suma de las partes.....	178
Nosotros: el verdadero «capital humano»	183
Finlandia, el país más feliz del mundo	186
Esto sí que son «milagros» y no los de.....	189
Peliäika on pyhä	192
Entonces, a mejores calificaciones, ¿más felices seremos?	199

Ser el mejor no siempre es lo mejor	202
Buscándole ruido al chicharrón	207
Hay niños que sí juegan, pero tú no lo sabes	215

DEUS EX MACHINA

La esperanza es lo último que se vende	225
Dejemos de hacer trampas	232
La utopía científica	236
Investigación = Conocimiento = Poder	244
¿Te huele a trama oculta y conspiración?	249
Otro vergonzoso ejemplo	253
Seamos optimistas: «confiemos en el animal humano».....	257
El renacer de los viejos fantasmas	264
El coste de la desconfianza	273
Ya hemos trabajado juntos para salvarnos.....	281
«La extinción es la regla. La supervivencia es la excepción»	288
La última en la frente	294
Acabando	299
<i>Bonus track</i>	302

<i>Agradecimientos</i>	309
------------------------------	-----

<i>Bibliografía</i>	311
---------------------------	-----

LOS NIÑOS YA NO JUEGAN

La forma de ser del alma de tres, cuatro, cinco y hasta de seis años necesita de juegos [...] Los de esa edad tienen algunos juegos espontáneos que prácticamente descubren por sí mismos cuando se juntan.

PLATÓN, *Las leyes*

No obligues por la fuerza a los niños en su aprendizaje, sino edúcalos jugando, para que también seas más capaz de divisar aquello para lo cual cada uno es naturalmente apto.

PLATÓN, *La república*

A los niños se les debe excitar al movimiento empleando diversos medios, sobre todo el juego [...] y así sus juegos deben ser en general ensayos de los ejercicios a que habrán de dedicarse en edad más avanzada.

ARISTÓTELES, *Política*

El perrete

NUNCA ME HAN GUSTADO LOS PERROS PEQUEÑOS Y REGORDETES, y mucho menos esos a los que llaman *pugs* que no sabes si vienen o se van, porque son paquetitos de manteca y huesos sin forma alguna y tienen el hocico igual de negro que su propio culo. Los nuevos inquilinos tienen uno de esos. Llevan un par de meses en la vecindad y su hijo es el encargado de pasearlo, algunas veces.

Cuando sale, en una mano lleva la correa, con la que arrastra al pobre animal por los jardines, y también la bolsa para recoger las cacas del interfecto. En la otra mano, como una extensión de sus dedos, el teléfono móvil siempre hipnótico, como un punto fijo y absoluto, justo a un palmo de sus ojos, en la línea perpendicular que traza su cabeza agachada y sus pies.

No le gusta pasear al perrete, es obvio, a mí tampoco me gustaría, pero lo hace porque tiene 12 años y así se lo habrán pedido sus padres a cambio de cualquier otra cosa que seguro le complaciera mucho más. Hace unos días, mientras miraba distraído por la ventana, lo vi arrastrando al perro, otra vez. Llevaba la bolsita de

los excrementos llena, pero en vez de ir hacia los contenedores de basura de la entrada del residencial, se dirigía a la puerta de su edificio pasando, sin saberlo, justo ante mis narices. En un momento se detuvo y con total indolencia intentó dejar la bolsa de mierda de su perro entre las hojas de los arbustos bajo mi ventana. Y la abrí.

Le interpele que no lo hiciera, que ese no era el sitio. Y el niño de 12 años me miró como si tuviera 12 años más que yo, como si fuera a dictar mi sentencia de muerte; me miró como jamás lo hizo mi padre en todos los años de mi vida. No se movió, no dejó de mirarme fijamente, desafiante, arrogante y en su sitio, con ambos pies bien plantados mientras el perro rezongaba como un cerdo vietnamita a su alrededor. Aquel era un duelo digno de John Ford, e igual de estúpido que cualquier otro enfrentamiento entre humanos, tengan la edad que tengan.

Y se lo repetí.

Con el mismo tono, sí. Con la misma intensidad, con la misma mirada tranquila y sabedor de que era la primera persona en su vida que le había dicho un *no* de verdad y sin posibilidad de negociación, sin transigir, sin una sonrisa complaciente o misericorde, sin querer evitar el daño irreparable de ese *no* en su tierna psique de puberto sobreprotegido.

Lo conseguí, o eso creí en ese momento.

No pudo seguir con su pose de tipo duro, de Harry Callahan¹ con un ojo a medio cerrar, calculando cuántas balas le quedaban en el

¹ Si no sabes quién es Harold Francis «Harry el Sucio» Callahan te invito a que lo investigues y te deleites con uno de los personajes de ficción más políticamente incorrectos de la historia del cine y, como no es real, siempre podrás usarlo como excusa moral para tu regocijo culposo.

tambor del Magnum .44 dispuesto a descerrajarme un plomazo entre ceja y ceja. Agarró la maldita bolsa de mierda y se alejó de mi vista obviándome con el mayor de los desprecios posibles.

No tengo ni idea de si fue al contenedor de basura a tirarla: no lo creo. En una esquina de su edificio se amontonaron varios días seguidos las bolsitas de caca de perro, hasta que una circular de la administración exhortó a los dueños de los perros de la vecindad a tirarlas en los contenedores de basura color gris que están en la entrada del residencial. Ahora son los padres del mocosito los que pasean al pobre y obeso pug.

Casi no lo he vuelto a ver, y cuando lo hago es porque está sentado en algún rincón de los jardines con los ojos clavados en su teléfono inteligente, como el resto de los niños de edades semejantes, hijos e hijas de mis vecinos, que muy de tarde en tarde salen a la fuerza, para que al menos les dé un poco de sol en la nuca.

No se miran, no se hablan, y por supuesto no saben sus nombres ni a qué se dedican los padres de unos y otros, tampoco yo lo sé. Así que, de jugar juntos, mejor ni hablamos.

«Tengo un vecino tonto»²

Lo que nunca nos atrevemos a pensar es que posiblemente él piense lo mismo de nosotros y también haga de tripas corazón por tener que estar a nuestro lado aguantando nuestras estupideces y miserias. Pero si al leer esto inmediatamente has pensado: «No, yo no. Yo soy fantástico, yo meo Chanel número cinco y cago pétalos de rosa, así que el que le hace un favor estando a mi lado soy yo», no lo dudes más, los cretinos somos el resto de los habitantes del planeta que no nos hemos dado cuenta de lo maravilloso que es compartir este universo con alguien como tú, imbécil.

² Tanto el título de este capítulo como el texto de arranque pertenecen a un artículo que escribí en junio de 2011 en una columna de opinión que se publicaba en *El Periódico de Utrera*, del Grupo Vocento. Reconozco que no me costó pocos disgustos, pero ya en aquel momento tenía claro cuáles eran los problemas en los que había que intervenir, aunque fuera tan solo para evidenciarlos.

NO SÉ QUÉ PIENSES AL RESPECTO, pero pareciera que el concepto de *vecindad* fuera algo que cada vez nos pesara más, así que, si se nos presenta la oportunidad adecuada, procuramos que nuestras viviendas estén lo más aisladas, y de ser posible separadas, de las de los demás. No es gratuito, por tanto, que los áticos o *penthouse* sean los departamentos más caros de los edificios de postín, aunque miren a la trasera de otro más grande y lujoso o a un arrabal de viviendas miserables. No tener a nadie viviendo sobre nuestras cabezas es un plus que pagan todos aquellos que pueden hacerlo, con tal de disfrutar de este privilegio aspiracionista tan anhelado de escalar puestos ante la sociedad. Y es que lo «ideal», sin duda, es una casa individual, pero a medida que nuestras posibilidades económicas se reducen, el número de vecinos con los que debemos compartir paredes se va multiplicando exponencialmente.

Si por muchos de nosotros fuera, gustosos nos iríamos a vivir a lo alto de una montaña, o a un bosque perdido, o a una isla en mitad del Atlántico, siempre, por supuesto, que no tuviéramos que renunciar a los parabienes de la modernidad, con tal de no tener que soportar el ruido de los tacones de nuestras vecinas de arriba, oír cómo usan el baño todas las mañanas los de al lado, el llanto de sus hijos cuando son pequeños o el insoportable ruido de sus fiestas. Asumimos que todas estas molestias son el precio a pagar, amén del alquiler o la hipoteca y los impuestos derivados de la propiedad, por vivir donde podemos, y siempre deseamos tener un poco más de dinero para, entre otras muchas cosas, mejorar nuestra calidad de vida, que intrínsecamente va ligada a dejar de oír, o incluso de ver, a nuestros adorables vecinos. Y no te quepa la menor de las dudas: ellos piensan exactamente lo mismo de ti, porque «siempre somos el idiota de alguien», ¿o no lo crees así?

A veces la convivencia vecinal se torna tan tediosa y extenuante que proliferan los administradores externos, esos ángeles de la guarda que evitan que los vecinos tengamos que cargar con la condena de ser presidentes, secretarios, tesoreros, vocales o cualquier otro cargo relativo a la gestión de los lugares comunes y la administración de los dineros de los espacios que nos ha tocado compartir. Cada país ha tenido que legislar al respecto e inventarse oficinas o dependencias públicas para estas cuestiones y, así, generar ordenanzas, instrumentos y estatutos de obligado cumplimiento para vigilar la correcta gestión administrativa y la buena convivencia de los vecinos. Y todo es por nuestro bien, para evitar la aparición del aspirante a dictador o a alcalde vitalicio del condominio, para impedir que las manos largas hagan de las suyas o para que nadie decida unilateralmente abrir una puerta a la calle desde el salón de su casa en una tercera planta o hacer más grande la ventana del baño en un edificio de concreto armado de ocho pisos. E incluso así, los juzgados se atascan de denuncias por todo tipo de tropelías y estupideces que, en la mayoría de los casos, se evitaría con una charla calmada entre iguales, siempre y cuando estos se reconozcan así entre ellos mismos. Y ese es parte del problema.

Si en tu país la respuesta a la pregunta «¿crees que se puede confiar en la mayoría de las personas?» es «sí» en la casi totalidad de las ocasiones que se formule, sin duda no estarás entendiendo casi nada de lo que te estoy hablando y serás noruego, sueco, finlandés o danés. Pero si eres de esa otra parte mayoritaria del mundo, como Latinoamérica, donde solo 12% de la población contesta «sí», entonces sabrás perfectamente a qué me refiero con eso de tener un vecino tonto, aunque jamás te hayas dignado a cruzar con él más de tres palabras y a duras penas sepas cómo se llama.

El índice de confianza interpersonal es la respuesta afirmativa a esta pregunta y, desde hace ya varias décadas, es un termómetro bastante fiable de la salud y de la convivencia de una sociedad. Y sí, un buen dato es reflejo de una sociedad más sana, con una convivencia más fluida y civilizada, en definitiva, con menos «tontos», aunque ahora no me quieras creer. Y, ¡ojo!, recuerda siempre que es muy posible que él piense lo mismo de ti.

Confiar es dar carta de igualdad

SI LAMENTABLEMENTE TE HA TOCADO, o has elegido, como en mi caso, vivir en esta parte del mundo donde desconfiamos casi de forma sistemática de los demás, habrás percibido que este problema parece que se va acuciando con los años, y tienes toda la razón.

Fue en 1990 cuando se hizo uno de los primeros estudios de confianza interpersonal en algunos países latinoamericanos; el dato positivo de México entonces, por citar a un país en concreto y que tomaremos como ejemplo recurrente por razones obvias en este libro, ascendía a 30.2% de la población. Esto es, 30 de cada 100 mexicanos afirmaban que sí se podía confiar en la mayoría de las personas (vecinos, compañeros de trabajo o de la escuela, o quien fuera, porque recuerda que todo aquel o aquella a quienes no reconocemos como nosotros es el otro, o sea, la mayoría de la gente). Este dato igualaba al país azteca con otros porcentajes similares y más actuales de países europeos como Portugal. Pero desde entonces este indicativo ha ido cayendo de manera constante y sitúa hoy a México tan solo seis puntos por encima de la media de confianza

interpersonal de los países del sur de su propia frontera. En 18%, según las cifras más optimistas, y 10.5 %, según las más pesimistas. Muy lejos ya de Europa y de sus vecinos de arriba que, aunque fluctuando y también a la baja,³ se situaban en el lapso de 2017 a 2020 en un más que honroso 37 por ciento.

Da la sensación, porque dudo que hayas oído hablar de este asunto antes de leerme, de que la confianza fuera un tema menor en la cultura europea y latinoamericana. Pero resulta que los estadounidenses llevan desde antes de que el hombre pisara la Luna estudiando este fenómeno, y tienen la firme convicción de que un alto grado de confianza interpersonal eleva drásticamente los índices de salud democrática de un país, baja los de corrupción, aumenta los de inteligencia de la población y, ¡Santo Grial de la autoayuda!, hace que la gente que cohabita bajo la premisa de «sí se puede confiar en la mayoría de la gente» sea más feliz. ¿Cómo te quedas? Sé que igual que te han hecho creer que tu himno nacional es el segundo más hermoso después de la Marsellesa, también crees que tu país es, si no el más feliz, sí uno de los más felices del mundo, pero te invito a que dejes esas ideas en suspenso durante un rato, a ver a dónde llegamos.

Es lógico pensar que este asunto de la confianza, con el que ya llevo unos cuantos libros lidiando, y que también será el tema toral de este ensayo, sea entonces una especie de pegamento social, un aglutinante natural y consustancial a nuestra condición de animales humanos que posibilita la convivencia, la hace más grata y

³ Según un artículo de Josh Morgan de 2014, en 1967-1968 gozaban de 56% de confianza interpersonal; en 1972, de 46 %, y en 2012, de 32 por ciento.

llevadera y, por extensión, aumenta nuestro interés y el sentido de la responsabilidad, debido a lo cual participaríamos de las acciones comunitarias, vecinales y, en definitiva, de la acción pública. A mayor participación ciudadana, mayor control de las acciones políticas de nuestros representantes y, por ende, mayor salud democrática y menor posibilidad de meter la mano en el dinero público. Ahora mismo te estarás preguntando qué tiene que ver esto con ser más inteligentes o felices... ¿Será realmente cierto eso que afirma la filósofa española Adela Cortina de que «la confianza es el principal “recurso moral” de una sociedad»?

Esto se va poniendo interesante: si no conoces a tu vecino, ya que no confías en la mayoría de las personas, y ocupa en tu entendimiento esa categoría de otro, ¿cómo sabes que es, a todas luces, tonto o poco inteligente? ¿Has intentado, por contrapartida, demostrarle alguna vez lo inteligente y confiable que eres tú?

Lamentablemente, al animal humano, desconfiado y egoísta, se le puede hacer creer con mucha facilidad que es especial y maravilloso, y más si en el fondo dudamos de que no somos tan merecedores de estos halagos. Así esa palmadita en el hombro, ajena o propia, pero que tanto nos reconforta, borrarán toda sospecha. Además, ya que la comparación con los demás es la forma más sencilla de desvelar este engaño de nuestra autopercepción miope, puesto que saca al otro de la ecuación y de la posibilidad de un aprendizaje dialéctico, nos quedaremos con un sujeto solitario y endiosado de su propia individualidad irreplicable.

Así que nos creemos únicos. Y por alguna razón que aún se escapa de mis entendederas y que seguro tiene alguna explicación relacionada con la bioquímica de nuestro cerebro, acabamos asumiendo que ser únicos y diferentes nos hace ser especiales. Y ser

especial, cuando se trata de uno mismo, es creerse mejor que los demás, a menos, claro, que seas una persona acomplejada y cargada de miedos, pero esa es otra historia.

En muchas ocasiones, para refutar fácilmente este silogismo tan egoísta y falaz, a mis alumnos les explico que el oro es valioso porque hay poco y cuesta mucho trabajo extraerlo (amén de lo bonito que les pueda parecer a algunos) y que, si este metal fuera tan abundante como lo son otros muchos y tan fácil de conseguir como estos, las latas de refresco bien podrían ser de oro y no por ello dejaríamos de tirarlas a la basura. Si todos somos únicos e irrepetibles, ¿qué demonios hacemos enorgulleciéndonos de ello como si nosotros fuéramos los únicos originales y todos los demás clones idénticos los unos de los otros? Si todos somos especiales, ¿qué carajo hay de especial en serlo?

Sí, es cierto, a pesar de lo dicho, todos somos diferentes, tanto como la composición única de cada una de las bolsas de basura que son quemadas por millones en los vertederos alrededor de las megaciudades del tercer mundo. Así que, esencialmente, esa diferencia nos hace iguales, igual de únicos e irrepetibles, sí. Pero ¿qué tiene esto de valioso si no somos capaces de hacer nada realmente importante con nuestra individuación, con eso que nos hace especiales, si no hacemos más que imitar a los demás?

Confiar en el otro nos permite darnos cuenta de todo esto, conocer nuestras diferencias respecto a los otros y, sobre todo, reconocer atónitos lo mucho que se parecen nuestras percepciones del mundo y nuestros anhelos, nuestros miedos e inseguridades. Con el otro refrendamos la necesidad de sabernos partes de un todo que nos dé nuestro lugar, que nos entienda y asista, que nos permita darnos y desarrollarnos con los demás y descubrir que nuestro vecino no es

tan tonto como creíamos, o por lo menos no mucho más de lo que nosotros mismos lo somos.

Recuerda que, como dijo Adela Cortina, «nadie es capaz de descubrir en solitario qué es lo verdadero o qué es conveniente, sino que necesita entrar en un diálogo con otros para ir descubriéndolo conjuntamente».

Confiar trasciende la barrera de los sentimentalismos. Los que nos dedicamos a la enseñanza sabemos que mal vamos si no somos capaces de ganarnos la confianza de nuestros alumnos, porque se cerrarán en sí mismos si no lo logramos, desconfiarán de nosotros y se negarán a aprender, tengan la edad que tengan. Todo se vuelve más difícil así y ¡ay del profesor novato que no aprenda esto rápido!, porque la autoridad no solo te la da el puesto, sino también aquellos a los que se te ha encomendado educar. Y por mucho que Maquiavelo se empeñara en decir a su príncipe que «es mucho más seguro ser temido que amado cuando se haya de prescindir de una de las dos [cosas]», en esto de enseñar el cariño y la confianza son nuestros aliados principales. La confianza en el otro, en el que te enseña, facilita el aprendizaje en cualquier situación y pronto lo verás... si aprendes, por supuesto, a confiar en mí y lo que te digo... ¡Pero cuidado!, ¡que tampoco confiar es un ejercicio de fe ciega! Sigamos.

El otro y la otredad

SÉ QUE ES MUY PRONTO PARA METERME EN ESTAS HONDURAS y te prometo ser muy breve y conciso. Pero no se puede hablar del concepto de *el otro* y nuestra relación con él —pues los que saben le llaman a esto *la otredad* o *la alteridad*— sin rascarle un poco a la filosofía y darnos cuenta de que este tema no es nuevo y que llevamos algo más de un par de milenios dándole demasiadas vueltas y patadas.

Los griegos clásicos, esos que condicionaron nuestra forma de pensar y entender el mundo, como ya deberías de saber, no consideraban a todos los humanos como semejantes, como iguales. Había una diferencia siempre a favor de ellos frente a los esclavos, las mujeres o los extranjeros. Todo aquel ser humano que no fuera griego, hombre y libre eran *otros*. Para poder dialogar entre pares, confiar y poder darnos el lujo de aprender mutuamente, debe haber un interlocutor que asumamos como un igual. Lo otro es un ser diferente, no es tan «yo» como «nosotros», y para los griegos ser diferente era esencialmente ser inferior, como lo sigue siendo actualmente para la

mayoría de los que nos bien consideramos sus herederos en el uso de la *razón*. Paradójico, ¿verdad?

Recuerda que todos nos sabemos especiales, que es lo mismo que decir que somos iguales en esta característica falsamente diferencial, ¿no? Pero aun así no faltarán aquellos a los que se le ocurra argumentar que, sí, «todos los animales [humanos] son iguales, pero algunos animales [humanos] son más iguales que otros». Si estás de acuerdo con esto, cierra el libro, bébete un vaso de agua y háztelo ver con calma. Luego ¡sigue leyendo!

Así que desde muy pronto se plantaron estos desequilibrados cimientos para entretenernos durante siglos construyendo lo que se llamó *el problema del Otro*. Prepárate que esto se pone denso:

El «problema del Otro» —como «problema del prójimo», de «la existencia del prójimo», de «la realidad de los demás», del «encuentro con el Otro», etc.— es un problema antiguo en tanto que desde muy pronto preocupó a los filósofos [...] la cuestión de cómo se reconoce al Otro —o al prójimo— como Otro; qué tipo de relación se establece, o se debe establecer, con él; en qué medida el Otro es, en rigor, «los otros», etcétera.

J. Ferrater Mora

Si leyendo esto empezó a sangrarte la nariz, o te zumban los oídos, o lo has tenido que releer varias veces, o lo has dejado por imposible, no desesperes, no todo será así de denso. Pero por si las moscas, no estaría mal que te fueses haciendo con unas gasas, curitas, algún buen desinfectante y un diccionario... para prevenir, porque se pondrá peor.

Así que, uno tras otro, la mayoría de los filósofos se detuvo y se exprimió el seso con el mentado problemita. El amigo Descartes, por ejemplo, se preguntaría cómo dar legitimidad al otro a partir del *cogito ergo sum* (aquello de «yo pienso, luego existo» si no se te da bien el latín), un gran problema si el *cogito* es un ejercicio exclusivo del *yo* y que tan solo demuestra su propia existencia y no la de los otros, porque no dijo «pensamos, o piensan, luego todos existimos» sino *pienso* en primera persona del singular, tenlo en cuenta.

Para Kant, el otro era un ser moral no carente de complejidad dentro de un modelo basado en el deber como un imperativo, como algo que hay que hacer sí o sí: una orden superior e ineludible que nace de la propia razón del individuo, del *yo*, pero no del *nosotros*. Así, este imperativo al que él llamó *categorico*, o sea que afirma o niega de manera absoluta y sin condiciones ni alternativas, decía: «obra de tal modo que la máxima de tu voluntad pueda valer siempre, al mismo tiempo, como principio de una legislación universal». Como ves, no hay atisbo de plural alguno, aunque sí una pretenciosidad a prueba de bombas.

Otro fue Hobbes, que no se cansaba de decir que la naturaleza humana era ontológicamente igual. Y aunque pudiera parecer obvio que todos somos diferentes, y estas diferencias de fuerza, tamaño, o las que quieras, pudieran desbalancear esta igualdad natural, no era así, según él. Para Hobbes, nuestros deseos individuales (otra vez el *yo*) serían los que finalmente nos diferencian y enfrentan.

La naturaleza ha hecho a los hombres tan iguales en sus facultades corporales y mentales que, aunque pueda encontrarse a veces un hombre manifiestamente más fuerte de cuerpo, o

más rápido de mente que otro, aun así, cuando todo se toma en cuenta en conjunto, la diferencia entre hombre y hombre no es lo bastante considerable como para que uno de ellos pueda reclamar para sí beneficio alguno que no pueda el otro pretender tanto como él. Porque en lo que toca a la fuerza corporal, aun el más débil tiene fuerza suficiente para matar al más fuerte, ya sea por maquinación secreta o por federación con otros que se encuentran en el mismo peligro que él.

De hecho, fue el propio Hobbes quien rescató para la historia de la filosofía y de la modernidad en general aquella cita tan famosa de «el hombre es un lobo para el hombre», sacada de una obra de Plauto, autor latino del siglo II a. C.⁴ Dicha cita explicaba que el hombre es violento por naturaleza y encontrará siempre en el otro el objeto sobre el que descargar su ira, su miedo, sus envidias, su frustración, y tanto es así, que estamos obligados a pactar nuestra convivencia sobre el principio de renunciar a nuestra naturaleza violenta a cambio de que una fuerza superior, el Estado, articule nuestra convivencia. Así pues, no nos vemos como iguales, a menos que el Estado nos obligue a ello.

Ejemplos en la historia del pensamiento occidental de esta omnipresente perspectiva egocéntrica hay cientos. Echemos un vistazo ahora al poético caso nietzscheano, que dio un salto mortal matando a Dios para desahuciar a un hombre que consideraba dé-

⁴ Al final del segundo acto de la divertida comedia *Asinaria* o *La comedia de los asnos*, Plauto nos dice: *lupus est homo homini, non homo, quom qualis sit non novit*, que se puede traducir como: *Cuando una persona te es desconocida, pues es para ti como un lobo, no un hombre.* ¡Desde luego que más desconfiado no puede ser!

bil, aborregado y sin voluntad, y transmutarlo en el superhombre capaz de doblar el mundo gracias a su propia voluntad de poder:

El individuo parece obligado a promulgar sus propias leyes, a inventar procedimientos y artificios que le permitan conservarse, elevarse, liberarse. Por todas partes, objetivos nuevos y medios nuevos...

O el modelo absolutamente trágico de los existencialistas franceses, aquella idea tan torturada de angustia vital y vacío existencial, que reivindicaba una ética de la responsabilidad individual, a pesar de negar en todo momento la posibilidad de libertad del ser humano.

El hombre no es nada más que su proyecto, no existe más que en la medida en que se realiza; por lo tanto, no es otra cosa que el conjunto de sus actos, nada más que su vida.

Jean-Paul Sartre

Y así, hasta llegar a nuestros días, donde *el problema del Otro* se nos ha presentado ya como un conflicto universal y difícilmente reconciliable desde las reglas de un juego que hemos dado por buenas, herederas de siglos de elucubraciones y pajas mentales e intentos de imposición ideológica, religiosa, política o incluso económica si es que queremos ser más contemporáneos o *mainstream*.⁵

⁵ No sabes lo poco que me gusta esta palabra tan de moda, o de tendencia mayoritaria, que es lo que en realidad significa.

Hoy pareciera que la crudeza y la desesperanza se han instalado en el corazón de muchos pensadores críticos, analistas de la realidad o politólogos que, cansados y hastiados, ya no saben cómo gritar para hacerse oír desde las páginas de unos libros que difícilmente llegarán a ser leídos más que por ellos mismos, porque son difíciles de encontrar, son poco atractivos y, no nos engañemos, en conclusión, no son negocio para nadie.

El «yo» y el «tú» siempre han sido una dialéctica más que un diálogo, una lucha por el dominio, antes que una concordia. Pero en nuestro tiempo, si cabe, la convivencia se ha deteriorado aún más. El «tú», única alternativa del diálogo posible, se ha convertido en un «él», del que se habla, incapaz de estar en escena, una voz en «off», lejana, artificial. La degeneración del «tú» ha llegado a consecuencias más graves todavía. Del «él» al «ello» solo hay un paso consecuente, la despersonalización total, la degradación de la persona en un objeto. ¿Qué es sino el consumismo? La angustia del «yo» que no encuentra al «tú» dialogante y se satura del «ello», materia sin alma, cosas, objetos para acolchar la soledad y que remiten a un «tú», necesario. El hombre actual compra objetos para «personalizarlos» y hacerlos un «tú» de difícil diálogo. Esta enajenación del hombre moderno habría que verla con la perspectiva de otra época para contemplar tanto vacío y ridiculez.

Amancio Sabugo Abril

En gran medida, por estos derroteros transitaremos en este librito, a ver hasta dónde somos capaces de llegar sin desangrarnos demasiado mutuamente.